1877

Sebastopol.

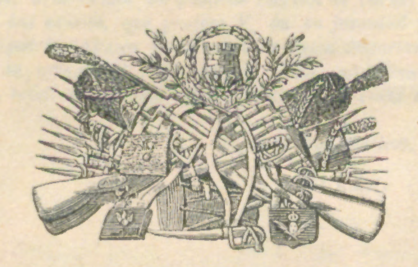
CANTO MILITAR

POR

D. JUAN DE QUIROGA,

Comandante graduado de Infanteria,

Capitan de Ingenieros.



1858.

Jerez de la Frontera.
Imprenta del Guadalete, á cargo de D. Tomás Bueno.

Al Señor Conde de Premio Real;
Consejero Real de Agricultura, Industria y Comercio; Presidente de la Real Sociedad Económica de Amigos del Pais, de Jerez de la Frontera; etc. etc.

Notorios son los desvelos de V. por el procomun en mil ocasiones de tiempos ordinarios y calamitosos. Como muestra de respeto por estos servicios y de aprecio por su aficion á las letras, demostrada en públicos escritos de varias materias; y aun á las armas, que profesó V. en su juventud y de cuyo ejercicio por su Abuelo en ocasion de suma importancia para España se origina el título que V. lleva, no menos tambien como en señal de natural cariño ofrece á V. estas rimas

su hijo político,

El Autor.

Al Señor Conde de Premio Real;

Consejero Real de Agricultura, Industria y Comercio, Presidente de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Jerez de la Frontera, etc. etc.

[illegible]

[illegible]

El Autor.

ADVERTENCIA.

Nuestro modo de presentar en esta composicion los sucesos de la guerra de Oriente, tan contrario al comun, podrá parecer lleno de parcialidad à favor de los rusos; empero, si se atiende (y ya es tiempo por cierto de ello), á que trocadas que fueron por la política las condiciones primeras de la cuestion, fué ya de índole defensiva la guerra sostenida por Rusia, durante la cual ese imperio mantuvo la integridad de su territorio mientras que las cuatro naciones aliadas derramando infinita sangre y tesoros como para grandes conquistas, tuvieron que levantar el campo sin haber logrado en año y medio mas victorias positivas que la de expugnar una ciudad que estaba desmurallada y aun casi desguarnecida cuando llegaron delante de ella, y que sin embargo esta expugnacion fuè tan incompleta que nunca pudieron ocupar el puesto militar de que formaba parte esa

ciudad, ni descansar un solo dia en las ruinas de ella oprimidas por las bombas rusas, ni siquiera introducir jamás un solo buque en su puerto, no creemos que despues de una tan breve consideracion parezca raro que se hable de los rusos como de vencedores. Algo habian de hacer los aliados con sus medios de combate, y la prensa occidental difundia por el mundo el ruido de sus obras; pero medítese en los resultados de sus descomunales esfuerzos, y se medirán mejor militarmente. Con razones militares procuramos hacer esto patente en nuestro opúsculo ya publicado con el título de «Ojeada española á la cuestion de Oriente», y á él nos referimos como sustentáculo de nuestros versos, y como prueba de que al calificar el mérito de unos y otros contendientes, hacemos á todos la justicia de manifestar que han dado grandes muestras de intrépida constancia en esa lucha de gigantes.

Tampoco nos ha sido ahora posible hacer conmemoracion nominal, á modo de crónica rimada, de los héroes de uno y otro campo que han sobresalido prestando cada uno á su bandera eminentes servicios, cuyo recuerdo conservará cuidadosamente la historia y acaso tambien la Musa épica, pues hemos tenido que ceñirnos, observando los preceptos de la unidad poética, á hacer resaltar la figura de Todtlében, ilustre soldado que goza por consentimiento unánime del mundo los mas altos laureles concedidos por la fama al ingenio militar de los combatientes.

Una queja contra España hemos dejado esca-

par de la pluma en nuestros últimos versos. La de su ingratitud y de su olvido para sus grandes servidores, queja harto fundada por desgracia. Considerando las honras de todo género que sin aguardar á que cayese la losa del sepulcro sobre los huesos del jóven é improvisado comandante de ingenieros de Sebastopol, lo levantaron en menos de un año desde teniente á general, y pusieron su nombre escrito con oro por mandato de un severo emperador en las paredes de las escuelas de Rusia, cuando el cañon estremecia aun desde Crimea los ámbitos del imperio, nos duele el escandaloso espectàculo histórico de España entretenida á la conclusion de su grandiosa lucha de la independencia en perseguir á sus hijos mas valientes, alentada á esta miserable empresa por el Eolo coronado que dando entonces suelta á todos los vientos de las malas pasiones, habia mientras vivió en los dominios de su enemigo, y aun antes de que fuera á ellos por no arrostrar de frente su enemistad, soplado solo la adulacion para el extrangero usurpador de coronas. La suerte póstuma de Sanjenis y de Minali, ilustres comandantes de ingenieros de las defensas eternamente famosas de Zaragoza y de Gerona, es una prueba irrefragable de lo que decimos.

Sanjenis, el oficial de mayor reputacion científica de su tiempo en nuestro cuerpo español de ingenieros, abandonó su clase de la Academia de Alcalá de Henares en los memorables dias de Mayo de 1808 para trasladarse á Aragon, su patria, con un número considerable de sus discípulos y

compañeros. Esta preciosa fuga, compartida en otra direccion por las compañías de zapadores que allí estaban, se verificó cuando el volcan de aquella revolucion de toda España no habia dado aun mas chispazo sino el sofocado de Madrid, donde mandaba el cruel Murat, quien se enfureció con esta conducta de los ingenieros y mandó perseguirlos, previendo las consecuencias de este primer ejemplo del ejército que respondia al llamamiento de los heróicos individuos sueltos de la guarnicion española de la capital, y de los vecinos de esta, sacrificados el dia dos.

Dirigió Sanjenis las obras de la primera defensa de Zaragoza: y el cuatro de agosto en que fué abandonada de muchos la ciudad, los cuales siguieron el ejemplo del capitan general y de los hermanos de este que todos la evacuaron considerándola perdida, corrió Sanjenis de madrugada á Santa Engracia, acompañado únicamente de nuestro padre el capitan de ingenieros Quiroga, que lo habia seguido desde Alcalá, y encargándose por sí mismo del mando á la muerte del coronel Cuadros, en aquellas humeantes y ahora famosas ruinas detuvo á los franceses centuplicando las trincheras. Reunido luego por la tarde á los jefes que habian quedado en Zaragoza, dijo aquellas felizmente no ignoradas palabras: «No se me llame nunca para capitular, porque jamas seré de opinion que no podemos defendernos.» Y volviéndose á los ingenieros, que todos en la calle le rodearon, añadió estas otras menos sabidas: «Dice el caballero De Ville que mientras haya una espuer-

ta y una pala, no debe pensar una plaza en rendirse: y estas palabras del célebre ingeniero que os he referido tantas veces en la clase de Alcalá, os las repito ahora en las calles de Zaragoza. Repartios otra vez por la ciudad.» Todos le obedecieron: Zaragoza se siguió defendiendo: el capitan general volvió á ella: y los franceses no adelantaron un paso en los dias restantes del sitio.

En la segunda defensa, hallándose una vez Sanjenis, sin hacer caso de las súplicas de los que se encontraban á su inmediacion, asomado á cuerpo descubierto en un parapeto examinando los trabajos del enemigo, murió en aras de la patria recibiendo una granada en el pecho; como tambien en caso análogo fué herido Todtleben en Sebastopol. Hace pocos años que tuvimos el gusto de ver bien acojida por el jefe superior de Ingenieros la idea que sugerimos de que fuesen buscados los huesos de Sanjenis; y se llegaron á practicar algunas indagaciones en Zaragoza, mas no dieron resultado, pues entretenida España, como dijimos, despues de su guerra de la independencia, habia atendido muy poco á salvar del olvido los restos de sus hijos beneméritos, prefiriendo decorar con este título á los que alternativamente destrozaban sus entrañas.

Minali habia nacido en Milan, pero desde niño en España recibió de cadete su educacion en las Academias militares que se hallaban á cargo de los ingenieros. Dispuso todos los refuerzos defensivos de Gerona desde el principio de la guerra, mandó en persona una de las salidas de la guarnicion, y supo aprovechar tan bien el terreno con

tra uno de los asaltos principales, que engañados los franceses respecto de la disposicion de las obras penetraron por la brecha y se hallaron cojidos en términos por los reparos interiores, á cuyo pié exterior se hallaban con tropa el heróico gobernador Alvarez y Minali, que retrocedieron aquellos con enormes pérdidas, y decidieron convertir en bloqueo el sitio de la plaza. A la conclusion de la guerra presentó Minali detallada y facultativamente escrita la historia de la famosa defensa. El gobierno no se cuidó de publicarla: y el autor aclamado mas tarde por el pueblo de Gerona, su gobernador, cuando la revolucion de 1820, siendo entonces comandante de ingenieros de la plaza, murió poco despues en aquella misma ciudad, ya confirmado de real órden en su alto empleo. No hace muchos años que en Gerona se ha impreso la historia, no sabemos por cuidado de quien, pero como ni trae fecha al final, ni pone advertencia ninguna, parece erróneamente cosa publicada por algun autor vivo, que debió tener presente al escribirla lo mucho impreso ya hasta ahora en los paises extrangeros y en España. Las publicaciones del gobierno frances tocante á este sitio memorable no dan naturalmente noticia del libro de Minali, como sí lo hacen de otros escritos españoles.

Actualmente se halla en la galeria de retratos de la Academia de Guadalajara el de Minali, y tambien está incluido el nombre de Sanjenis, de quien no quedó retrato, en la lápida que contiene la relacion de los muertos en accion de guerra. Ambas memorias son de estos últimos años, y de

providencia del General Zarco del Valle: y así, aun cuando tales nombres en España y fuera de ella no son todo lo conocidos que se merecen, á lo menos los que mas presentes deben tenerlos podran no echarlos en completo olvido.

Creemos haber dicho lo suficiente para que nadie pueda encontrar ridícula la especie de maridage que hacemos de los nombres de nuestros dos ingenieros con el del ilustre Todtleben, quien seguramente, si lo conociera, no se creeria rebajado en tan buena compañia.



providencia del General Zarco del Valle; y así, aun cuando tales nombres en España y fuera de ella no son todo lo conocidos que se merecen, á lo menos los que mas presentes deben tenerlos podrán no echarlos en completo olvido.

Creemos haber dicho lo suficiente para que nadie pueda encontrar ridícula la especie de maridage que hacemos de los nombres de nuestros dos ingenieros con el del ilustre Todtleben, quien seguramente, si lo conociera, no se creeria rebajado en tan buena compañía.

Está lleno de abrojos el camino,
Sobre manera angosto y empinado,
Y con heróica sangre está regado.

El arte de la guerra.—Poema de Federico II de Prusia, traducido por D. Genaro Figueroa, primer teniente del regimiento de Reales guardias españolas.—Madrid, 1793.

I.

Ruinas de Inkermán y Balakláva,
Nombres oscuros, para siempre ahora
Con la rogiza luz de los combates,
Y de la sangre con la hirviente lava
Escritos por la fama vividora:
Del tranquilo Chernáya raudal breve
Que de Sebastopól en la llanura
Corriendo sin histórico ruido
A las flores prestabas tu frescura,
Y ya sobre osamentas

Llevas al mar tus ondas orgullosas
De la vulgaridad por siempre exentas:
Y tú, puerto de Aktiar, (*) perla encerrada
Que arrancó la gloriosa Catalina
De entre el inerte turcoman tesoro
Para adornar la moscovita espada:
Ah! que un pesar recóndito devoro!
Ay! que no soy Homero,
Y la trompa en mis lábios no resuena
Con el timbre guerrero
Que el ancho espacio de los siglos llena!

II.

Adios, sueños de amor, evaporados
Con un rayo de sol. Adios, ventura
Que en su ancha copa la ilusion risueña
Brinda á la juventud con su dulzura.
Ya del clarin los tonos prolongados
Y el ronco son del atambor rotundo
Convocan por el mundo
Los hijos de la patria á ser soldados;
Y una nube de horror cubre los ojos
De la muger que trémula suspira,

(*) Aktiar, nombre de la poblacion tártara que ocupaba el lugar donde los rusos fundaron á Sebastopol.

Mientras el pecho varonil se inspira
Con el aire encendido
Del alta gloria en los destellos rojos.

III.

Gloria! luz inmortal! tú que atropellas
Del tiempo avaro la muralla oscura,
Y arrancas de sus garras implacables
El nombre de tus hijos
Que subes generosa á las estrellas:
Gloria, tu rutilante
Pendon, ondeando en fragorosa nube,
Del Africa, del Asia en los confines,
Y en la orgullosa Europa jadeante,
Al príncipe que habita entre jardines
Y al labrador que sobre el campo suda
Electrizó, y desnuda
La espada, y con los ojos centellando,
Buscaron todos coronar su audacia
Entre las filas del opuesto bando.

IV.

De mar á mar, del occidente á oriente
Sonó el cañon y relumbró el acero,
Y el orgulloso sol su luz tendia

En su giro veloz continuamente
Sobre un combate por el mundo entero.
Mas un volcan horrísono
De pólvora y metralla
Con súbita explosion tronó en Crimea
Y con espanto undísono
El mar besó su planta gigantea.

V.

Así del mundo antiguo en los horrores,
De simas mil las llameantes bocas
Por el contorno instable de la tierra
Mostraban sus furores,
Y el parturiente mar islas lanzaba,
Y una diadema de encendida escoria
Su nueva erguida frente coronaba:
Pero de pronto el mundo
Un grande afan recóndito sentia,
El delirante mar islas sorbia,
La tierra desquiciada
Como un roto bajel casi se hundia,
Cuando de entre las olas furibundo
Surgiendo colosal pirofilacio,
De roca persistente
Tendió á sus pies entero un continente:
Y un penacho de humo aun lo atestigua,

Corona de los siglos y el espacio.

VI.

Tú así, Sebastopol, que ya en la historia
No has de morir jamás. Vendrán los años
Y arrastrarán con ellos al olvido
De imperios hoy futuros la memoria;
Vendrá la soledad á complacerse
Tal vez en las campiñas de Crimea
Que aun llenas de esperanzas juveniles
El sol de un alto porvenir otea;
Pero mas grande entonces,
Sebastopol, tu nombre y tus ruinas
Que cuando armada de ferales bronces
Rechazabas las huestes peregrinas,
Serás el limpio ejemplo
De la constancia heróica
Que el estudioso niño halle en el templo
Donde la ciencia humana
Acrisola en el bien su alma temprana.

VII.

Oh! feliz el guerrero
Que al derramar su vida
Pudo escribir con el sangriento acero

Su nombre junto al tuyo en despedida!
El futuro viajero
Su túmulo buscando
La tierra con respeto irá pisando.
Aquí, dirá, de sangre está regado,
De generosa sangre el campo hermoso.
Allí fué la trinchera
Y de ella aun dá señales la ladera.
La mina aquí se hizo,
Y aun roto el suelo está y deleznadizo.
La ciudad es aquella, y aun blanquean
Restos del parapeto,
Y los cascos de bombas aun negrean.
¡Santo Dios! y esas calles
De tumbas son: la cruz, la media luna
Con piadoso respeto funerario
Protegen el osario:
Y parece la voz del aire herido
Con el oscuro son de los cañones,
Del oscilante Ponto el bronco ruido.

VIII.

Tal así la memoria
Recorrerá la historia
De tu asedio inmortal, ciudad sublime.
Y en la mente agolpados

Revolverán sus sombras contrapuestas
Centenares de miles de soldados:
Pero entre todas una,
Como el cometa en estrellado cielo,
Fijará la atencion con su fortuna.
Mas dichoso que Hector,
Tú, vencedor de Aquiles, ¡oh Todtlében!
Levantarás tu sombra gigantesca
Teñida con la sangre generosa
Que tu noble figura aun embellezca.

IX.

Madre feliz, la que arrojaste al mundo
Un niño oscuro, de caricias hecho,
A quien rehusó la desigual fortuna
Para guardar su cuna
La sombra tutelar de antiguo techo,
Pero que el alto dedo de Dios mismo
Marcó para instrumento portentoso
Del amparo que dá su fortaleza
Al pueblo que defiende sus hogares
Con fuego religioso
Encendido en la luz de los altares.

X.

Llega el instante fiero.
Debajo de las velas enemigas
El Ponto en vano su espumosa espalda
Pugna por revolver, y el extrangero
Siente la envidia que su lengua escalda
Punzarle aun mas cuando en la playa imprime
Sus destructores pies. Arrolla al paso
La valla que con pechos generosos
Le opone el Alma escaso;
Y cuando el sol con rayo falleciente
Un triste adios al Kersoneso envia
Y hunde en el mar la moribunda frente,
Dá el extrangero un grito de alegria
Porque al Chernaya llega
Y vé á Sebastopol como al sol ruso
Que en su instante fatal sus rayos plega.

XI.

Venid, cortejo fúnebre y confuso
De Zares cuando en vida victoriosos
Que golpe á golpe el Asia dilatando
La desmedrada Europa
Fuisteis descoyuntando:

Tú, Pedro, que abrasaste como estopa
El manto de los reyes enemigos,
Y al seco imperio que te dió fortuna
Lo bañaste en el mar: tú, Catalina,
Que en carro triunfador fuiste á Crimea
Do palpitaba aun la Media Luna,
Y que en Sebastopol el arco hiciste
Para herir á Estambul: venid ahora,
Y con luengos gemidos
En medio de las nieblas de esta noche
Llorad la última hora
Del honor moscovita. Ved hundidos
En el fondo del mar esos cañones
Que enseña como dientes formidables
La boca de ese puerto. Ved tronchada
A golpe de los sables
De San Andres el aspa que la entrada
Cierra de Perekóp, y ya Crimea,
Otra vez en los brazos de Mahoma,
Pisar la cruz á sus amores fea.
Y ved precipitarse,
Cual nubes de langosta destructora,
Las huestes coligadas
En los emporios rusos á cebarse.
Cronstádt, Nikolaéf apedazadas:
Odesa, Petersburgo,
Y Khérson, y Esveaburgo,

Cenizas aventadas.
Mirad como el Germano
Arroja la cautela
Y abre para el botin su armada mano
Que hasta el mismo Kremlín penetra ansiosa
Para buscar la magestad pasada.
Todos del corpulento árbol caido
Hacen leña oprobiosa.
¡Ah Zares de fortuna desastrada!
Llorad, gemid, que vuestros manes giren
Con fúnebre clamor hiriendo el aire.
Vuestra obra se ha hundido
Cual yelo derretido.
Ya vuestros miserables sucesores
Del Asia en los selváticos confines
Solo hallarán refugio á sus temores.

XII.

¿Pero qué espectro inmensurable miro
Alzarse magestuoso entre las brumas
Del cabo Kersoneso,
Sobre la grande cúpula estribando
Del templo.......? ¡Uladimiro!
¡Es él....! La diestra armada
De su terrible espada,
Y en su escudo la cruz que al vasto imperio

Hizo adorar....... La colosal fantasma
Vuelta á Sebastopol vé arrodillados
Al pueblo y los soldados
Que unidos con humildes oraciones
Piden á Dios favor. Tiende el escudo
Y en el nombre de Dios con la cruz toca
La frente de un mancebo
Y su espada le entrega.
¡Feliz Sebastopol, tú ya eres nuevo!
¡Oh Rusia venturosa!
Oyó el Señor tu queja fervorosa.
Ya estás bajo su amparo,
Y cual nieve que el sol bate y deshace
Así tus enemigos
Se desharán en sangre con tu fuego,
Y en tus verdes campiñas
Sus huesos quedarán como testigos.

XIII.

Levanta el jóven sol la frente nueva
Y receloso busca
Su querida ciudad, que en diurna prueba
De amor le presentaba cada aurora
En nuevos chapiteles
Gracioso espejo en que su luz se dora.
Y alegre el sol se viste de arreboles

Cuando á Sebastopol viviente mira,
Y con la frente ufana
Se precipita al carro que en el cielo
De jubilosas chispas rodeado
Recorre la region de la mañana.
El pueblo entusiasmado
La bayoneta, el zapapico toma,
Y la tierra durísima rompiendo
Eriza de trincheras la alta loma.
Todos, si la fatiga
Llega un momento á conturbar el pecho,
Fijan la vista en el mancebo osado
Que de la cruz y de la espada armado,
La soberbia enemiga
Por encargo divino
A contrastar parece que está hecho.

XIV.

Tiende en torno de sí su audaz mirada,
Y señala en el suelo
Con su intranquila deslumbrante espada
Las líneas que cual signos portentosos
Copia su inspiracion del alto cielo.
De puesto en puesto sin cesar recorre
El ámbito mural que se improvisa;
Y el enemigo atónito

Los momentos preciosos
Pierde en anhelo tímido,
Turbado con agüeros engañosos.
Oh Francia ¿que se ha hecho tu osadia,
Y tu orgullo, Inglaterra,
Y tu valor frenético, Turquia?
Ahí la teneis: Sebastopol desnuda
Solo con un puñado de guerreros
Su desnudez escuda.
Corred y derramad incendio y muerte,
Luto y devastacion.... Que esos navios,
Hora sin marineros,
Vayan con sus banderas arrastrando
Do el envidioso Támesis los vea:
Que el Sena enloquecido
Palmas batiendo y cantos entonando
El universo llene de ruido:
Y el estandarte verde de Mahoma
Que temeroso ya en Santa Sofia
Siente que se desploma,
Con nueva gallardia
Flotando en los turquescos alminares
Enturbie aun con su sombra los altares
De Cristo, y retroceda
De la venganza moscovita el dia.



XV.

Mas nó: vuestros pies clava
La mano del Señor, que es la que oprime
O ensancha los mortales corazones.
Ella ensalza la fé, y ella socava
La tierra al descreido
Que en las humanas fuerzas confiando
El conhorte de Dios pone en olvido.
Vedlas: ya están alzadas
Las estupendas moles
De tronantes cañones coronadas.
Embestidlas ahora,
Y vuestra sangre derramada á rios
Tal vez sostenga el llanto á vuestra patria
Si exhausta ya de lágrimas no llora.

XVI.

Y tú, feliz soldado;
Tú, en cuya frente pálida se encierra
El númen de la guerra:
Todtlében venturoso,
Mira tu obra, y prolongarse el grito
De admiracion que llega con tu nombre
A lejanos confines

En manos de la Fama
Con diamantina claridad escrito.
Un año entero la tenaz porfia
Duró sin sosegar. Las estaciones
En vano interpusieron
El frio y el calor; á borbotones
La sangre mas corria
Entre la sombra infausta de la noche,
Y á la rogiza luz del medio dia.

XVII.

Y al fin paró: postrados,
"Ya no mas", se digeron
Los antes orgullosos que creyeron
Ver á sus pies los rusos humillados.
Diez y ocho veces ya la nueva luna
Creció y menguó su faz sin que en el puerto
Ni un leve esquife penetrar pudiera.
Velada la fortuna
Desesperado el agresor veia:
Y si un momento descansar queria
En medio las ruinas humeantes
De su sangre empapadas,
Ni un momento fatal le concedia
La lluvia de las bombas reventadas.

XVIII.

"¡Fuera del cementerio! fuera! fuera!"
Los soldados gritaban:
"¡Flote nuestra bandera
"A traves de los campos enemigos,
"Y allí el laurel cojamos,
"Que aquí tan alto está que no alcanzamos
"Mas que á morir sin fruto!"
Oh tropa desgraciada:
¡Prueba á salir.... El moscovita espera,
Que con sus bayonetas tiene hirsuto
El valle del Chernaya. ¿La jornada
De Inkerman no te alienta,
Y de Traktir la gloria,
Y aun la de Balaklava cruel afrenta?
¡Mas ah, teneis memoria!
Con valentia igual todos luchasteis,
Y gracias al aspérrimo terreno,
De Traktir é Inkerman en las laderas
Resistiendo empinados,
Las palmas del triunfo conquistásteis.
No hay ya sino morir ó esas riberas
Abandonar al pueblo generoso
Que por Dios protegido,
En holocausto santo dió á la patria

Tanta sangre de pecho valeroso.

XIX.

Y el francés, y el britano,
El sardo y el egipcio y otomano,
Llenos de cicatrices
Y hartos ya de luchar contra fortuna
Las playas de Crimea abandonaron,
Y las amargas ondas,
Avidos ya de patria,
Silenciosos y pálidos surcaron.

XX.

Y á tí, Todtlében fuerte,
Columna de tu pueblo,
¡Cómo te envidio tu divina suerte!
No al Ponto jadeante
Viste gozoso al empujar á Europa
Aquella multiforme hueste errante;
Que tu sangre preciosa
Tambien tus venas pálidas vertian.
Mas ¡ah! las oraciones
Que del kamtschako al finlandes se alzaban,
Aceptas oblaciones
Fueron para el Señor. "El es," rezaban,

"Quien fabricó, Señor, el ancho escudo
"Con que á Rusia cubriste.
"En él del occidente el rayo agudo
"Se embotó sin que apenas
"Las chispas se escaparan,
"Y en el imperio como leve fuego
"Fátuas se disiparan.
"Ya, Señor, aceptaste
"De Kornilóf y Nakimóf las vidas,
"Y de otros valentísimos soldados
"Que al santo paraiso te llevaste.
"¡Déjanos á Todtlében......!"
Y oyó el Señor propicio
La ferviente plegaria,
Y no se consumó tu sacrificio.

XXI.

Vive por largos años como ejemplo
Del patriotismo honroso:
Y de la ciencia bélica que escuda
El pecho independiente á las naciones,
Manten el fuego en el sublime templo.
Allí tu nombre escrito
De Nicolás por la severa mano
Con áureas letras en el muro brilla,
Y el de Sebastopol siempre inmarchito.

¡Ah! Yo no puedo mas! Miro en los aires
Lentas pasar las enojadas sombras
De Sanjenis y de Minali... ¡Oh Patria!
¡Cómo te olvidas de tus nobles hijos!
¡Ni en una piedra sepulcral los nombras!

FIN.

25

Poetesma - 2.50

Anton del Olmer.. 2 -

Caligrafía. - 2.50